



TAIS DE ATENAS

ANASTASSIA ESPINEL SOUARES



LETRA X LETRA JUVENIL

—NOVELA—

2022

Espinel Souares, Anastassia, 1970-

Tais de Atenas / Anastassia Espinel Souares – Medellín: Editorial EAFIT, 2022
252 p.; 15 cm. -- (Letra x Letra. Novela).

ISBN 978-958-720-794-1

ISBN: 978-958-720-795-8 (versión EPUB)

1. Novela juvenil rusa. 2. Literatura juvenil rusa. I. Tít. II. Serie

891.7344 cd 23 ed.

E775

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Tais de Atenas

Primera edición: septiembre de 2022

© Anastassia Espinel Souares

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 604261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-794-1

ISBN: 978-958-720-795-8 (versión EPUB)

Edición: Claudia Ivonne Giraldo G.

Revisión del texto: Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: 1730497978, ©shutterstock.com

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018

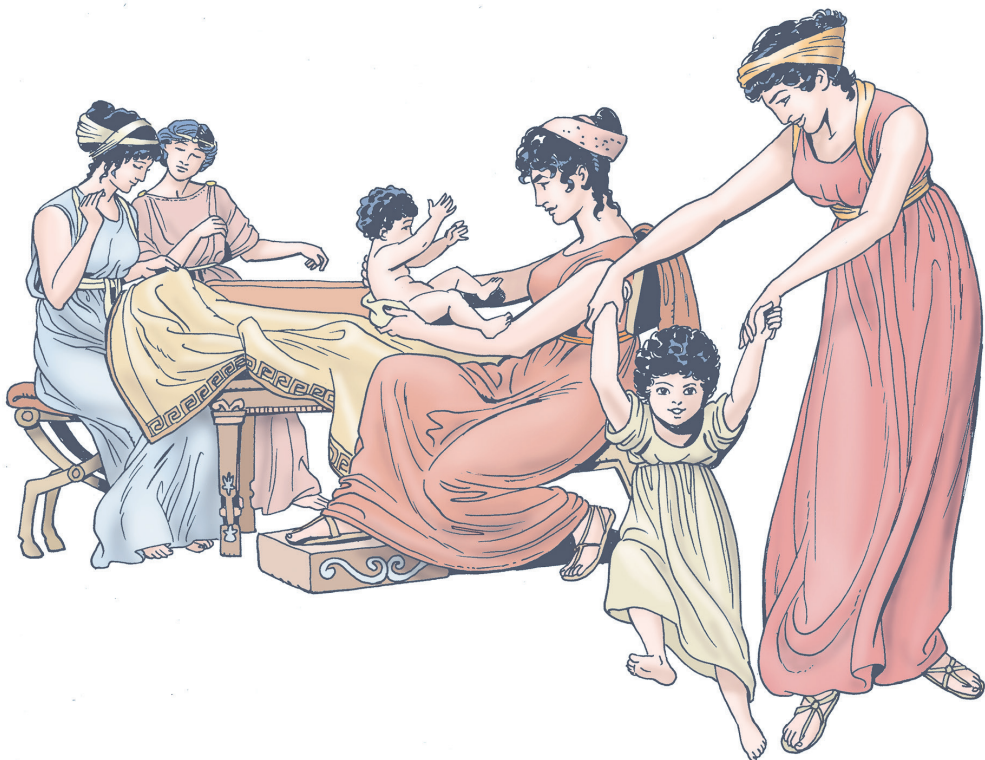
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

*A ti, cuyo trono brilla lleno de colores,
Inmortal Afrodita, hija de Zeus,
Que tejes intrigas.
Yo te imploro:
No tortures con penas ni sinsabores,
¡Oh, soberana!, a mi alma.
En vez de ello, ven hacia mí
Como cuando me escuchabas
Al oír desde lejos mi voz...*

SAFO DE LESBOS

PRIMERA PARTE



*He visto a una tierna y delicada niña
recogiendo flores.*

SAFO DE LESBOS

1

Llega la primavera y, al igual que en aquellos inolvidables días de mi juventud, las flores blancas y rojas tapizan los prados que bordean las costas de los golfos Sarónico y Corintio, mezclando su aroma con la refrescante y un tanto amarga fragancia de los almendros que desciende por las laderas del Acrocorinto y flota sobre el mar. Las golondrinas surcan el aire como flechas negras alrededor de la estatua de Poseidón en el puerto de Céncreas y los pescadores, tras haber pasado en tierra todo el invierno, de nuevo salen al mar, entonando las mismas canciones de siempre.

Ningún otro lugar me fascina ni me atrae tanto como Corinto en estos primeros soleados días de primavera. Lo digo incluso ahora, después de haber visto los jardines colgantes

de Babilonia, las pirámides en medio de las arenas egipcias, las inundaciones del Tigris y del Éufrates, los techos plateados de los palacios de Ecbatana entre los picos nevados de Media y tantas otras maravillas. Corinto siempre será entrañable para mí porque precisamente aquí, en esta ciudad entre los mares Jonio y Egeo, en pleno istmo que une la isla de Pélope con el resto de Hélade, comenzó mi largo camino de mujer, de hetaira, de servidora de la inmortal Afrodita, de inspiradora de poetas y artistas, de compañera de los grandes héroes... el camino de Tais la Deslumbrante, nombre con el que me conoce ahora el mundo entero.

Esta vez vine a Corinto para pasar un tiempo contigo, mi amada Eirene, cuando no faltan más que unos cuantos días para tu consagración a Afrodita, ceremonia por la cual pasan todas las que quieren dedicar su vida al servicio de la diosa. No tengo la menor duda de que saldrás airosa de aquella prueba pues, según acaban de contarme tus preceptoras, siempre has sido la mejor entre las alumnas. Sin embargo, en un momento tan crucial como este prefiero estar a tu lado y, si es necesario, apoyarte con mi propia experiencia. Siéntate, pues y escucha:

Cuando te vi hoy, corriendo por la playa, con tus negros cabellos alborotados por la brisa del mar, tus mejillas ruborizadas, tu reluciente sonrisa y tus ojos del mismo tono azul profundo y misterioso que los preciosos zafiros indios, mi corazón se estremeció. Por un instante, creí que el tiempo había vuelto hacia atrás y que la hermosa joven que corría a mi encuentro era yo misma, aquella Tais de hace muchos años, alegre, despreocupada e inocente, ajena a todas las pérdidas y desgracias

del futuro. Necesité unos instantes para asumir la realidad y reconocerte, mi pequeña, “mi linda niña con la hermosura de las flores de oro”, tal como lo dice el famoso poema de la divina Safo, ahora transformada en una mujer adulta, tan parecida a mí y, al mismo tiempo, tan distinta porque tienes tus propios sueños, esperanzas, ambiciones... También veo que ha llegado la hora de compartir contigo la historia de mi vida para que, con ayuda de la adorada Afrodita y los demás dioses, hagas tus propias conclusiones y no repitas mis errores.

Sé que te encanta la historia y, a diferencia de la mayoría de tus compañeras, prefieres los escritos de Heródoto, Tucídides, Jenofonte y Calístenes a la poesía amorosa o los tratados filosóficos... Por lo tanto, estoy segura de que después de tus autores favoritos mi historia te parecerá deshilvanada, poco coherente. Nunca he sido una gran narradora; me resulta difícil seguir el orden natural de los acontecimientos sin anticiparme a los hechos. Tal vez no sea muy objetiva en mis juicios acerca de uno u otro suceso o personaje porque me dejo dominar por los sentimientos, centro mi atención en las nimiedades y paso por alto los hechos trascendentales. En fin, soy una hetaira y no una historiadora, una servidora de Afrodita y no de Clío, por lo que te pido, querida Eirene, que seas comprensiva con tu madre y no la juzgues con demasiada severidad. Siempre encontrarás en tus libros de historia todo sobre los grandes personajes y acontecimientos, pero mucho de lo que pienso contarte hoy, con toda seguridad, no te lo contará ninguno de los historiadores.

2

En una ocasión, cuando tenía tu misma edad, visité con mi maestra y con varias de mis compañeras el famoso oráculo de Delfos. La pitonisa, una anciana menuda y flaca, de rostro surcado por innumerables arrugas, canosas greñas que por no haber sido lavadas durante años habían adquirido un extraño tono verdoso y ojos casi blancos que parecían mirar al vacío, nos habló a todas desde su trípode tapizado con la piel de Pitón, aquella horrenda serpiente asesinada por Apolo por haber perseguido a su madre Latona.

A mí me auguró una existencia terrenal más larga de la que suele gozar la mayoría de los mortales y, además, una vida aún más larga después de la muerte. Al notar mi perplejidad, la anciana precisó con aire significativo y a la vez misterioso que, incluso después de que mi sombra suba a la barca de Caronte para cruzar las tenebrosas aguas del Estigia y perderse entre tantas otras almas de los muertos en los plateados campos de los asfódelos, mi nombre sería recordado y sobreviviría los siglos, aunque sería una fama un tanto escandalosa.

Ahora, tantos años después, puedo afirmar que aquella venerable servidora de Apolo no se equivocó. Aunque mi vida había corrido peligro en más de una ocasión, salí airosa de todas las desventuras y he sobrevivido a muchos de aquellos con los que compartí el arduo camino de la vida. Nunca en mi vida he estado enferma y, aunque acabo de cumplir cuarenta

y nueve años bien vividos, nadie me da mi edad. Las canas apenas se vislumbran en el negro azabache de mi cabellera; mi piel sigue tersa y sin arrugas, mis carnes, firmes y prietas, y mi silueta conserva las mismas líneas seductoras que hacían perder la cabeza a varios hombres ilustres. Incluso ahora, cuando en un banquete en la casa de algún viejo amigo los invitados me piden bailar para ellos, no me hago rogar dos veces, consciente de que mi actuación, al igual que en los tiempos de mi juventud, sigue siendo un auténtico espectáculo destinado a deleitar a todos los presentes y a glorificar el amor en todas sus manifestaciones. Tampoco es secreto que después de aquellas veladas algunos huéspedes demasiado fogosos me mandan cartas apasionadas, ofreciéndome toda una fortuna por una única noche de amor. No respondo a sus súplicas porque, como tú sabes, después de la muerte de tu padre, el único hombre que me hizo plenamente feliz, mi corazón se ha vuelto inmune a las flechas de Eros, pero nunca cierro las puertas a las jóvenes hetairas que, tras haber visto mis danzas, acuden a mi casa para aprender a bailar “como la mismísima Tais”. Lo primero que enseñé a esas niñas y lo que me gustaría enseñarte a ti, hija, es que una verdadera devota de Afrodita no pierde sus encantos con el paso de los años sino, por el contrario, adquiere una nueva belleza madura y aún más fascinante que el primer florecimiento de la juventud. Sin embargo, para conservarla durante toda la vida se necesita un constante ejercicio diario, una férrea disciplina, una estricta moderación en todo y, más que todo, una fe incondicional en el poder de Afrodita y de aquel amor que ella siembra en los corazones de hombres y dioses.

La pitonisa de Delfos también acertó con la segunda parte de la profecía ya que mi nombre ahora es conocido desde Hélade y Macedonia hasta los últimos rincones de Asia alcanzados por las huestes del invencible Alejandro. También es cierto que no es una fama del todo honrosa pues tiene algo que ver con la de Heróstrato, aquel infeliz pastor de Éfeso que había incendiado el célebre templo de Artemisa únicamente porque quería lograr fama a cualquier precio. Como se sabe, aquel hecho nefasto coincidió con el día del nacimiento de Alejandro de Macedonia, hijo de Filipo o del mismo Zeus, ese gran hombre o semidiós que cambió el mundo entero y dejó un rastro imborrable en la vida de todos los que compartimos su camino y también parte de su gloria. Al igual que la llegada al mundo del gran macedonio fue conmemorada por un gran incendio, su llegada a la cima del éxito y poder quedó marcada por la otra quema todavía más desastrosa que provoqué yo.

Aún hoy en el sueño veo el mar de fuego a mi alrededor, con las llamas que devoran crepitando los lujosos cortinajes y las vigas de olorosa madera de cedro, las esbeltas columnas y majestuosas estatuas de reyes y dioses derrumbándose con un estruendo ensordecedor y luego, al despertar en la fresca penumbra de mi alcoba, no puedo creer que yo misma haya provocado tal desastre. En ocasiones grito como loca y Abisa, mi fiel sirvienta de hace muchos años, acude a mi lado para tranquilizarme. Acepto con gratitud sus cuidados, pero trato de no mirar en los negros y melancólicos ojos persas para no ver en ellos un reproche mudo. En tales momentos me siento arrepentida, pero en el fondo estoy segura de que la

misma Ananke, la implacable madre de las Moiras, la personificación de la inevitabilidad, me había impulsado a lanzar la primera antorcha contra la condenada capital persa; al fin y al cabo, los humanos no tenemos el poder de revocar las decisiones de los dioses.

3

La pitonisa también profetizó que tendría dos hijos de padres diferentes, luciría una corona real, aunque no por mucho tiempo, me encontraría con el hombre de mi vida después de haber perdido toda esperanza de ser feliz y que pasaría la mayor parte de mis años lejos de casa. En cuanto a esta última parte de la profecía debo confesar que estoy marcada por el estigma de viajera eterna desde el mismo día de mi nacimiento porque vine a este mundo en plena mar, a bordo de una galera mercante.

Una galera en el mar es un lugar de nacimiento insólito y poco conveniente para una descendiente legítima de una antigua y noble familia ateniense. Apenas recuerdo a mis padres, pero gracias a mi sabio y autoritario abuelo Leontisco conozco la historia completa de nuestro linaje, que se remonta a la oscura época de Cécrope, aquel fundador y primer rey de Atenas, nacido directamente del seno de Gea, y cuenta con cuarenta generaciones de eupátridas ilustres. Numerosos representantes de nuestra familia lucharon con las huestes

de Teseo contra las invasoras amazonas, ocuparon cargos de arcontes y polemarcas, pronunciaron discursos desde las gradas del Areópago, defendieron la libertad de su patria en el campo de Maratón y las aguas de Salamina y llevaron a cabo otras hazañas y obras gloriosas. La riqueza y el poder de nuestra familia alcanzaron su apogeo en los tiempos de Pericles, pero se vinieron abajo con la guerra contra Esparta, con los Treinta Tiranos y las demás calamidades que siguieron al desastre.

Tique, la caprichosa diosa de la fortuna, pareció dar la espalda a muchos linajes atenienses, incluido el nuestro y los otrora ilustres eupátridas sobrevivían a duras penas en ese mundo nuevo donde Atenas ya no era la misma de antes y los valores tradicionales que parecían eternos se desmoronaban de un día para otro.

Mucha gente se reunía en los pórticos y en el ágora únicamente para añorar los tiempos de Pericles, cuando ningún enemigo externo o interno se atrevía a amenazar a la democracia ateniense, y quejarse de su lamentable presente. Otros trataban de encontrar la salida de algún modo más eficiente y mi audaz abuelo Leontisco era uno de ellos. Dejó a un lado los viejos prejuicios que no permitían mezclar nuestra sangre eupátrida con la otra más baja, y decidió buscar para su hijo más prometedor una novia que le aportara una buena dote, ya que los gastos cada vez mayores para mantener la gran casa en el Cerámico y el resto de las propiedades familiares en toda Ática la demandaban con urgencia.

Leontisco tramaba su plan con la ingeniosidad digna del mismo Odiseo, seleccionando candidatas convenientes entre

hermanas e hijas de metecos adinerados y otros hombres cuyas fortunas crecieron desmesuradamente en los últimos años y no le importaba en absoluto que las indignadas sombras de las cuarenta generaciones de sus antepasados se estremecieran en el Hades ante la perspectiva de semejante casorio. Pero no fueron los vengativos espíritus de los ancestros sino el propio hijo de Leontisco quien frustró los planes de su progenitor. Un cálido día del mes *hecatombeón*, en plena celebración de las Panateneas, el joven Nicandro se fijó en una muchacha de cabello negro, ojos azules y porte de reina. Se conocieron en el único sitio posible donde un joven eupátrida y una doncella virtuosa podrían encontrarse en público sin provocar comentarios maliciosos: en la procesión en honor a la diosa. La muchacha, junto con otras vírgenes coronadas de flores y mirto, desfilaba hacia el templo de Atenea Partenos para ofrecerle a la diosa un nuevo peplo tejido durante el año entero por las mujeres de linajes más ilustres. A su vez, Nicandro ganó las competencias de lucha y de carreras por lo que fue premiado con una corona de hojas de olivo y ciento cuarenta ánforas del mejor aceite proveniente del olivar sagrado de Atenea.

Era un premio fabuloso y muy oportuno ya que el aceite escaseaba en casa de Nicandro al igual que muchos otros productos, pero, al sentir la mirada de su elegida, tierna y llena de admiración, el joven le obsequió todas las ánforas. Aquel amplio gesto de una vez se convirtió en la comidilla de la ciudad entera y en cuanto los primeros rumores llegaron al oído de mi abuelo, montó en cólera peor que la de Aquiles. La amada de Nicandro resultó ser hija de un linaje ateniense

igual de noble e igual de pobre que el nuestro así que aceptarla como un nuevo miembro de familia tan solo empeoraría los problemas económicos en vez de resolverlos.

Pero Nicandro, herido por las flechas de Eros, no prestó atención a los constantes gruñidos de su progenitor. Los enamorados se reunían en secreto en algún remoto lugar a orillas del Cefiso, donde la misma tierra, húmeda y mullida, impregnada de fragancia de tomillo y laurel, invitaba a los jóvenes a postrarse sobre aquel improvisado lecho nupcial y el susurro interminable de los juncos evocaba la hermosa y triste historia de amor de Pan por Siringa, aquella hermosa náyade que había optado por transformarse en un cañaveral en vez de perder su virginidad entre los brazos del peludo dios de los pastores. Por suerte, la joven amada de Nicandro no era tan esquiva ni temerosa y se le entregó sin reticencias y pudores falsos. Así fui concebida yo, bajo el generoso sol del verano ático cuyo calor llevo en mis venas y al son del eterno cantar del agua y de las cañas que me otorgaron su don de sentir cualquier melodía con lo más profundo de mi alma.

El escándalo estalló un par de meses después, cuando Leonisco, con toda autoridad, anunció a su hijo que ya le había encontrado una novia, hija de un meteco escandalosamente rico que, ansioso por ser aceptado en la alta sociedad, soñaba con emparentarse con algún eupátrida distinguido. Sin embargo, en vez de someterse a la voluntad paterna como un hijo obediente, Nicandro se le planteó al frente, con sus puños de luchador fuertemente apretados y la mirada capaz de petrificar a la misma Medusa Gorgona. Por primera vez en su larga vida

Leontisco se sintió aturdido mientras Nicandro se aprovechó de la confusión de su padre para comunicarle que ya estaba casado ante los dioses, aunque no ante la ley, así que era preciso hacerlo lo antes posible porque Ilitia, aquella hija de Hera que planta nueva vida en el seno femenino y preside los partos, ya había bendecido aquella unión con un fruto que no tardaría en llegar.

La noticia enfureció a mi abuelo aún más. Durante un buen rato, la vieja casa en el Cerámico fue sacudida por sus rugidos de león furioso, acompañado del lastimoso crujido de muebles partidos y el retintín de jarrones y platos rotos. Los otros hijos y los pocos esclavos de Leontisco se ocultaron de la vista del honorable patriarca como las codornices que vislumbran sobre la tierra la siniestra sombra de un halcón. Solo Nicandro permaneció firme, sin dejarse intimidar por las amenazas ni seducir por las promesas de la provechosa unión con la hija del meteco. Finalmente, al descubrir que por primera vez en su vida estaba enfrentándose a una fuerza de voluntad y una terquedad aun mayor que la suya, Leontisco se rindió y aceptó hablar con los familiares de la joven.

El padre de la muchacha aceptó el matrimonio a regañadientes porque también deseaba para la más bella y prometedora de sus hijas a alguien más adinerado, pero finalmente no pudo rechazar a un eupátrida de nombre tan ilustre. Además, era preciso formalizar la unión lo antes posible para que el embarazo de la novia no se hiciera notorio y no provocara comentarios indeseados.

La boda se celebró en los últimos días del *boedromión*, cuando una espesa bruma blanquecina, la precursora inmediata de la llegada de otoño, envolvía la ciudad como un gigantesco velo nupcial. Era más bien modesta tanto por la prisa con que fue organizada como por los escasos recursos de ambas familias. Tras un banquete frugal en la casa de la novia, un carruaje tirado por dos caballos blancos alquilados para la ocasión trajo a los nuevos esposos a su hogar. Siguiendo la tradición, mi abuelo los esperó en la puerta con la simbólica antorcha de Hime-neo en la mano y, en cuanto vio el rostro de su flamante nuera, fue tan impresionado por su belleza y dulzura que nunca más volvió a reprochar a su hijo ni dar rienda suelta a sus temibles ataques de cólera.

La paz y la felicidad reinaban en la nueva familia, pero Nicandro, sintiéndose en deuda con su progenitor y el resto de sus parientes, decidió sacarlos de la pobreza costara lo que costara. Una vez terminado el invierno e iniciada una nueva temporada de navegación, se embarcó para Mileto donde con ayuda de unos amigos jonios pensaba abrir su propio negocio de lana milesia, tan apreciada en Atenas y en el resto de Hélade. Su joven esposa decidió acompañarlo en aquel viaje a pesar de su avanzado estado. Según sus cálculos, aún faltaba tiempo para el alumbramiento, pero, tal vez debido al constante balanceo del barco y el fuerte golpeteo de las olas, el parto se produjo casi un mes antes de lo previsto, justo en el momento cuando la galera se encontraba a mitad de camino entre Pireo y Mileto.